

David Lema

LOS  
MUERTOS  
TAMBIÉN  
GRITAN



  
ESPASA

DAVID LEMA

LOS MUERTOS TAMBIÉN GRITAN



© David Lema, 2023  
© Editorial Planeta, S.A., 2023  
Espasa, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.  
Avda. Diagonal, 662-664  
08034 Barcelona

Primera edición: abril de 2023

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 4860-2023  
ISBN: 978-84-670-6901-3

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.  
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.  
Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: [sugerencias@espasa.es](mailto:sugerencias@espasa.es).

[www.espasa.com](http://www.espasa.com)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Impresión: Rodesa, S. A.  
Impreso en España-*Printed in Spain*



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

## Diario de Santiago Insua: los muertos también gritan

*8 de febrero*

Yo pensaba que los muertos no gritaban. Y así lo creí durante mucho tiempo, exactamente hasta que a Celia le dio por estudiar tanatopraxia. No lo hizo por vocación profesional, ni siquiera por tradición familiar, un motivo que, al menos, le habría restado un poquito de macabro a la decisión. Aunque seamos sinceros, solo un poquito. Celia se metió en ese mundillo por pura desesperación: sumaba treinta y nueve meses en el paro comiéndose la cabeza y las paredes de casa. En ese tiempo había cambiado por quinta vez la disposición de los muebles, ¡hasta habíamos comprado algunos nuevos! asumiendo el riesgo que una reforma, por pequeña que sea, conlleva para la estabilidad de la pareja; las ventanas estaban limpiísimas porque no paraba quieta con el paño; le daba un uso de profesional al gimnasio casero que había montado en la planta baja y no se

despegaba de las noticias, donde, ay, los medios de comunicación no dejaban de publicitar, a través de reportajes siniestramente esperanzadores, las bondades de limpiar y extirpar las entrañas de los muertos para después maquillar sus cadáveres. Para ponerlos guapos. Para ejercer de técnica en Tanatopraxia y tanatoestética.

Recuerdo muy bien tres cosas de cuando entonces.

La primera: nunca he utilizado tantos eufemismos como en aquella época (y eso que antes de entrar en el Cuerpo —mi primer teniente decía que a la Guardia Civil la llamamos cuerpo porque cabeza no tiene— me había apuntado a Filología). Tuve que eliminar de mi día a día preguntas de rigor que se hacen las parejas, tipo «Cómo te ha ido la mañana, cariño», o «Qué has hecho hoy». No es que me asustara la muerte, qué cojones, pero no estaba preparado para escuchar dos días seguidos cómo la mujer con la que compartía cama le enchufaba a un fiambre un tubo por la caja torácica para extraerle a saber qué coño de líquidos. «No sabes cómo huele», me decía, con una sonrisa que adornaba esos labios finísimos, dulces —la besaría ahora mismo— para evocarme la impresión de aquellos efluvios. Y, claro, yo no quería saberlo, aunque ya lo sabía. Ella podrá corroborarlo porque aquello sí acabó costándonos la relación después de once años de divertimento: creo que estuvimos un tiempo sin hacer el amor. Hacer el

amor; los eufemismos: Celia y yo follábamos. Y muy ricamente. Como si fuéramos animales. También tuvimos una hija.

Miro por la ventana y llueve. Dentro de casa tampoco se está bien. Mamá no deja de *rosmar* y escuchar sus gruñidos de fondo me está poniendo de los nervios. Qué coño le pasará a esta mujer, a veces me produce escalofríos. Bueno, sí sé lo que le pasa: que no se aguanta ni a ella misma. Pero supongo que eso, a su edad, ya tiene mal remedio. Que la aguantemos el resto, pensará, como ella nos aguantó a nosotros muchos años. Al menos Lara ya duerme.

Que los muertos gritaban lo aprendí más tarde. Celia me llamó y, sin darme tiempo a reaccionar, antes siquiera de que yo pudiera negarme, se soltó a contarme lo que acababa de pasar. Estaba muy asustada y todavía en periodo de prácticas en el tanatorio de L'Hospitalet, así que acepté la conversación sin mostrar resignación, respiré como si estuviera a punto de subir la carretera del faro en bici tras una jornada maratoniana de sesenta kilómetros por el monte, y me dispuse a escucharla con atención. Incluso con mucho cariño.

Sus jefes la habían mandado a casa. Tenía que tranquilizarse, pues del susto que se había llevado las piernas todavía le bailaban claqué y bailar claqué no está bien visto en los tanatorios. La cosa fue que tras clavarle el tubo de extracción a una anciana —ella dijo *vieja*, no anciana—, la *vieja* se puso

a gritar ¡de dolor!, aseguraba Celia. Admito que en ese momento dejé de liar el cigarro. Yo ya me había encontrado con algún muerto que todavía estaba muy vivo; en el pueblo aún hoy me recuerdan la historia de aquel ratero del descampado de Mallas: llovía tanto ese día que se había formado un riachuelo en la finca donde lo habían enterrado, en una caja cutre pero muy bien cerrada, hecha de un sucedáneo de madera. El agua bajaba con fuerza, como cualquier día de agosto normal en Fisterra, y descubrió una parte del ataúd. Así pudimos encontrar a aquel pobre diablo. Y salvarlo, aunque fuera por poco tiempo. El tipo estaba inconsciente y casi ahogado; aun así, ya en la ambulancia fueron capaces de reanimarlo. A los pocos días le descerrajaron un par de tiros en el pecho. El muerto, cuando estaba vivo, no había querido revelar nada: «Venía dando un paseo y me caí en la caja» fue la única confesión que articuló para explicar qué *carallo* hacía ahí dentro. Era un desgraciado. Supusimos que estaría ligado con los cárteles de Castijo y Mangana, pero una vez más no pudimos demostrarlo.

Los narcos nos siguen sacando mucha ventaja. Hoy tampoco he dormido bien y eso que ya llevo dos días tomando las gominolas que me recetó el médico. Fui a su consulta porque el insomnio me está preocupando. Le pedía algo *heavy*, le insistí en que si no descansaba de un tirón iba a confundir el café con el matarratas. Y me dijo que no, que empe-

záramos poco a poco, y que estas pastillitas son de extractos naturales de melatonina. Dice que no crean adicción y que a la mañana siguiente no te dejan medio sobado. No te jode: para quedarte medio sobado antes hay que dormir.

Vuelvo a Celia —ojalá pudiese volver con ella—. Con la vieja gritando y el tubo de extracción clavado al lado del esternón, Celia pegó un pequeño brinco y se cayó al suelo, arramplando de paso el material de higienización que descansaba sobre la mesa metálica, una de esas mesas que hacen tantísimo ruido cuando chocan contra algo o apoyas encima cualquier herramienta. Tras el estruendo, un trabajador de la funeraria entró en el cuarto, le preguntó qué le pasaba, se rio de ella. Le explicó que lo ocurrido era normal, que, al pincharla, el aire que todavía pululaba por el cuerpo de la anciana había acariciado a mucha velocidad las cuerdas vocales y que por eso le parecía que la pobre señora, la pobre muerta, le estaba hablando desde ultratumba. La arropó, a Celia, no a la señora, a la que siguieron drenando, y le dijo que se fuera a casa a descansar. Durante mucho tiempo, la anécdota formó parte de nuestro repertorio común en las quedadas con amigos, cuando entre cerveza y cerveza se escuchaba un «Pensé que estaba viva, ¡que estaba viva!». Así la recordaríamos todavía meses después, con muchas risas, pero ella, ella afligidísima. Con Celia me lo pasé bien. Estaba enamorado de su ambición rubia.



Cuánta gente piensa que está enamorada y se conforma con decirlo. A veces me quedan escritas unas cursiladas *caralludas*.

Me vino a la cabeza todo aquello esta tarde, cuando el forense entró en el cuartel. Estaba contrariado, qué novedad, y me allanó el despacho barritando, como siempre que viene cabreado, hablando ya antes de abrir la puerta, a través del cristal en el que le veo la cara, su cara de hombre que lleva demasiados años intentando dejar de fumar con un éxito más bien escaso.

«Este muerto no habla, Insua, ¡este muerto *ghrita*», me *cagho* en *alghún* Dios!»,\* me asaltó, pronunciando con su *gheada* tan propia de Fisterra, donde ciertas ges suenan incluso más fuertes que las jotas.

—Qué dices, Blanco, no sé qué cojones me estás contando.

A la hora de tratar con Blanco existen dos opciones: o se le habla con palabras que rezuman testosterona o acabas pidiéndole perdón por haberte saltado la dieta, por la colonización española de América y por el pelo que le falta en la coronilla, aunque él dice que es la zona de nacimiento del remolino. La

---

\* A lo largo de la novela, varias expresiones en gallego se reproducen fonéticamente, tal y como se pronuncian en el área fisterana de la Costa da Morte. Destacan el fenómeno de la «gheada», el seseo o el intercambio del diptongo «oi» por el «ui». También se incurre en galleguismos.

jueza de Corcubión, con la que de vez en cuando coincido a la hora del café en el Fogata, lo desprecia. En el Fogata ya no sirven pincho de tortilla con el café. Y eso sí que es despreciable. Supongo que es por la inflación. Los precios están por las nubes. Pero a lo que iba: Blanco es un tipo de un rigor profesional casi sagrado, pocos pormenores escapan a esas manos de dedos puntiagudos y a esos ojos entornados que le funcionan como la lupa de un sabueso. «Coño, sargento, lo del puto yonqui en la playa del Corveiro», continuó, regalando a su cara un poco más de una calma que dejaba ver las arrugas de sus años en lugar del enfado.

No sabía de qué me estaba hablando. Últimamente he estado revisando documentación pasada de la Operación Arnela, por comprobar si algo relevante se me había pasado por alto, porque es obvio que de algo no me estoy dando cuenta, y el resto de las *cosiñas* que ocurren en el pueblo..., pues *laissez faire*. O sea, sabía que Cañón, la *borralla* esa, apareció muerto ayer. Alvariñas y Soares me dijeron que se había pasado con las drogas, que le petó la patata y que tenían que detallarme algo más, pero como durante todo el día me fui de compras a Coruña con Lara, que quería un uniforme nuevo para el colegio, les contesté que, si no era urgente, ya hablaríamos del asunto.

Y me había olvidado.

Al final, de lo que se trataba era de un yonqui de mala fama muerto en Fisterra por sobredosis...

Psé, no estaba yo para ocuparme de ciertas rutinas de despojos que tantos años después siguen queriendo arruinarse la vida y la de su familia. Me apenaba Marifé. La llamé y fue muy escueta: con sus pacientes no habla de su vida privada. El caso de Cañón no se iba a investigar más allá. Normal. Ni Alvariñas, ni Soares, ni Ramón ni yo podemos perder el tiempo con un toxicómano enganchado a la heroína que se pincha en las membranas de los dedos de los pies como si eso fuese a ocultar la cara de cadáver con la que se paseaba por la Langosteira. Blanco lo sabía, pero Blanco estaba realmente enfadado. La conversación siguió algo así:

—Sargento, el cuerpo estaba repleto de cortes, hostia.

—Vamos a ver, Blanco: si apareció en el medio de las rocas del Corveiro será lógico que presente tales heridas. Alvariñas y Soares se encargaron de la inspección ocular, así que, si hubieran percibido algo fuera de lo común, me habrían informado.

—Al carajo —bufó—. A ver, es cierto que muchas heridas, y sobre todo contusiones —se arrancó a explicar Blanco con un tono profesoral que solo exhibe en los momentos importantes y al que, al parecer, había yo dado pie con mi respuesta de escolar—, guardan relación con lo que dices; pero el cuerpo también presentaba muchos cortes de arma blanca y no parecen autoinfligidos...

Blanco me cae muy bien. Lo sabe y creo que se aprovecha de eso. En seguida me tiró encima de la mesa fotos del cadáver con agilidad y desprecio.

—Para que me entiendas de una puta vez: tiene un golpe grande en la cabeza, de una roca, seguro, pero los cortes son en su mayoría heridas de arma blanca, Insua. Y no creo que se las haya hecho él. Voy a citar a Alvariñas y Soares en el juzgado.

Su tono, pero sobre todo sus insinuaciones, me cabrearon. Cada vez aguanto menos que me lleven la contraria. Soy demasiado joven para arrastrar ya este defecto. ¡¿Me parezco a mi madre?!

—¡¿Otra vez?! Ya sabes en qué va a acabar eso: en nada. Blanco, no me toques los cojones. Ha sido muerte súbita. Si hasta tú lo habrás podido comprobar. —Ahí me pasé un poco, sus buenas capacidades no merecían semejante impertinencia.

Y acabé con mi frase típica:

—Bueno, ¿sabes qué? Haz lo que te salga del nabo.

El forense, admitiré en su descargo, aún tenía muy reciente la última golfada que, la verdad, había sido gorda. Un hombre que *disque* era de Carballo había aparecido muerto en el puerto. Llegaron los de la Policía Judicial y, antes de entrar en la casa, una casa viejísima que más bien parecía un cobertizo, ya estaban afirmando que se trataba de un suicidio, que no había nada que ver ahí. Días después, Blanco llamó a la patrulla, les enseñó el cadáver y, metiéndole la

mano por un agujero no natural del cráneo, les espetó con su sorna habitual: «Mirad que hacerse esto a uno mismo es muy difícil, *pailanes*». Lo peor del caso es que no había nada oscuro detrás más que la desidia de aquellos agentes que no querían pasarse unos días envueltos en papeleo. Fue bastante... sonado. No recuerdo si les aplicaron algún tipo de multa disciplinaria. Las vacantes de policía judicial son de libre designación y, en fin, ya se sabe qué pasa con los dedazos, que a veces se meten donde no se deben.

Blanco quiso decir una última frase:

—Sargento, las cosas hay que hacerlas bien, da igual que os dediquéis a...

Enseguida lo interrumpí.

Lo eché sin amabilidad del despacho, llamé a Soares y a Alvariñas por teléfono para que estuvieran prevenidas de la citación del forense y les pedí que se presentaran en el cuartel a primera hora de mañana.

Después de acostar a Lara y de leerle el cuento Disney de cada noche —ayer volvimos a *El Rey León*—, saqué la bici de la furgoneta y me fui a despejar. Haber pensado en Celia, en esos ojos grises e hirientes como la hoja de una espada, en su voz rasgada, en su cara pecosa y en ese culo de hierro no me había hecho nada mal, pero tampoco nada bien, porque Celia siempre dolía. Mañana la llamaré con la excusa de que Lara quiere hablar con ella y orga-

nizar un fin de semana para visitarla en Barcelona. Quizá en Carnaval.

Por cierto, la tercera cosa que aprendí de aquella época de Celia y la tanatopraxia fue por qué pese a los sustos, a los olores y a los muertos vivientes, mi exmujer se había aficionado a su nuevo curro: el último día de clase del curso al que se apuntó, el dueño de la funeraria y director del centro de estudios, un madurito interesante, canoso y de buenos hombros, quien más tarde le ofrecería trabajo y un dormitorio con más muebles que el que acabábamos de reformar, aparcó su Ferrari en la entrada. El máster de Celia, de cinco días de duración, le había costado seis mil euros. Eran veinte estudiantes por hornada. Eso daba para muchos bollos.